HARLEQUIN

Bianca



Sin piedad

Susanne James

Sin piedad

Susanne James



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Susanne James. Todos los derechos reservados.
SIN PIEDAD, N.º 1915 - 15.4.09
Título original: The Millionaire's Chosen Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7163-1
Depósito legal: B-5663-2009
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

DAMAS y caballeros, la subasta comenzará a las diez y media. Faltan quince minutos.

La potente voz del subastador interrumpió el murmullo en el pequeño salón, y la gente empezó a ocupar los asientos disponibles mientras consultaban sus relojes y observaban la competencia a su alrededor.

Melody encontró un asiento al fondo, consciente de su nerviosismo, y toqueteó la tarjeta numerada que tenía en la mano. Tenía el número treinta escrito en grandes caracteres negros, y mientras lo miraba, no podía creer que estuviera allí. Estaría muy trillado decir que había sido una de esas extrañísimas coincidencias de la vida. Pero allí estaba, no estaba soñando; y estaba a punto de tomar parte en la subasta de una pintoresca y preciosa casita de campo. Aunque, desde luego, eso no hubiera sido parte de su plan de vacaciones.

Miró a su alrededor con disimulo y concluyó que las otras partes interesadas sería presumiblemente un grupo misceláneo de gente que uno encontraría en cualquier sitio; gente corriente, que ese día estaba allí con un solo propósito en mente.

Se hizo silencio cuando el subastador ocupó su sitio a la mesa, y el ambiente se cargó de expectación.

–Comenzaremos la subasta por el precio base –dijo el hombre mientras miraba a todos a través de sus gafas–, e iré aumentando de diez en diez. ¿Quién desea empezar la subasta por mí?

Se produjo una respuesta inmediata cuando alguien

alzó una tarjeta, y Melody se quedó estupefacta por la velocidad con que todo procedía. Casi de inmediato se alcanzó una cifra que superaba con diferencia el precio de salida, antes de que la subasta empezara a flojear. Pronto quedaron sólo cuatro posibles compradores.

Uno a uno, los asistentes se fueron retirando; y Melody estaba cada vez más nerviosa mientras continuaba alzando la tarjeta que tenía en la mano.

Ya no era capaz de parar. Por una vez estaba aplicando sus conocimientos y su visión para los negocios en algo para ella. ¡Qué experiencia tan fascinante!

Pronto sólo quedaron dos postores, ella y un hombre que tenía una voz preciosa y que estaba al fondo de la sala, sentado donde Melody no podía verlo. Aspiró hondo y decidió continuar hasta el límite que se había puesto. ¡Pero su oponente parecía igual de empecinado!

En un abrir y cerrar de ojos, Melody quedó como única postora, y el mazo golpeó con finalidad una, dos y tres veces. ¡Gatehouse Cottage era suya!

Melody se levantó del asiento de inmediato y se acercó a la mesa, donde el subastador la esperaba sonriente.

–Felicidades –dijo el hombre con amabilidad.

–Gracias –respondió ella, que estaba como si flotara en una nube.

Apenas podía respirar de la emoción. ¿Qué acababa de hacer, por amor de Dios?

Había papeleo y documentos oficiales que atender, y tenía que firmar los documentos, pero finalmente Melody salió del edificio en aquel soleado día de verano, sintiéndose tan importante como un magnate del medio oeste. Pero por dentro estaba temblando. No era una persona impulsiva, y sin embargo había llegado a un acuerdo que la había convertido en la dueña de dos propiedades: de su apartamento de Londres y de una preciosa casita de campo en uno de los lugares más idílicos de la campiña inglesa.

Cuando echó a andar hacia su coche estuvo a punto de chocarse con un hombre que estaba recostado con toda naturalidad contra el pilar del portón. Melody levantó la vista de inmediato para disculparse, y estuvo a punto de atragantarse al encontrarse con un par de ojos del azul más intenso que había visto en su vida fijos en ella. De momento ninguno de los dos abrió la boca, aunque ella fue la primera a quien le salió la voz.

–Disculpe –murmuró con bastante formalidad, apartándose de su camino.

Pero él no hizo por moverse, tan sólo la miró con una leve sonrisa en los labios.

–No hay nada de qué disculparse –contestó en tono informal.

Su voz profunda y sonora le provocó a Melody un escalofrío por la espalda.

–Salvo, tal vez, por ganarme ahora mismo –hizo una pausa–. La felicito, por cierto –añadió con parsimonia.

¡Caramba! Así que aquél era el otro postor que había contribuido a aumentar el precio de la casita. Era alto, muy alto, y vestía pantalones oscuros y una camisa de cuello abierto por donde se vislumbraba un seductor vello oscuro. Melody apartó la mirada de inmediato.

–Bueno... –dijo mientras se encogía de hombros ligeramente–. Siempre ha habido ganadores y perdedores, ¿no? Espero no haberle chafado los planes demasiado...

Él levantó una ceja oscura sin apartar la mirada de ella.

–Sobreviviré –dijo–. Pero creo que lo menos que puede hacer es dejar que la invite a comer –miró su reloj–. Es casi mediodía, y conozco un pub cerca de aquí donde se come muy bien. Después de tanta tensión, estoy muerto de hambre.

A Melody le sorprendió su sugerencia. Aquel hombre no perdía el tiempo; era sin duda la clase de opor-

tunista que le hacía recelar un poco. Sin embargo tenía hambre. Esa mañana apenas había desayunado. Había estado o demasiado nerviosa o demasiado emocionada para comer nada a la hora del desayuno en el hotel donde se hospedaba. Pero una vez cerrado el trato satisfactoriamente, parecía que su apetito despertaba a la vida.

–De acuerdo –le dijo, pasado un momento–. ¿Por qué no? Soy, Mel, por cierto.

–Y yo Adam –dijo él mientras le tendía una mano morena para saludarla.

La sonrisa de aquel extraño derribó cualquier reserva de Melody por haber aceptado la invitación a comer de un desconocido.

Los dos habían dejado los coches aparcados a cierta distancia del edificio, y en ese momento eran los únicos vehículos que quedaban allí, ya que los demás se habían marchado ya. Melody no se sorprendió al ver que él tenía un exótico Porsche rojo. Su pequeño Mercedes le pareció formal en comparación.

–Será mejor que vayamos en el mío –dijo Adam brevemente, mientras apretaba el botón del mando a distancia para abrir las puertas–. Puedo traerte después.

–Oh, no, gracias –respondió Melody de inmediato–. Te sigo adonde me lleves. De todos modos, después querré ir a otro sitio, seguramente.

Le habían enseñado desde muy pequeña a no fiarse de las apariencias, y sabía muy bien que no debía exponerse a ese tipo de situaciones. Sin embargo aquel zalamero desconocido, sin duda acostumbrado a utilizar su atractivo físico como moneda de cambio, la había invitado a comer y ella había aceptado sin pensárselo dos veces. Mientras se montaba en su coche se dijo que aquello no era propio de ella; pero de inmediato excusó su comportamiento diciéndose que aquél era un día excepcional. En realidad, era más que todo eso. ¡Era un día fantástico! ¡Un día que recordar, que disfrutar!

Arrancó el coche y siguió el Porsche por las desiertas carreteras a un paso mucho más respetable del que se había temido. Le había parecido uno de esos tipos que se complacería pisando el acelerador delante de ella y esperaría que lo siguiera por las numerosas curvas de la carretera. Parecía un hombre muy seguro de sí mismo, un líder natural, acostumbrado al éxito y a sus símbolos, pensaba Melody, consciente de que no había tenido problema alguno para que aceptara comer con él. Sin embargo, mientras lo seguía en aquel glorioso día de julio, Melody se sintió cada vez más animada. Si al menos su madre, Frances, pudiera verla... si pudiera compartir aquella mañana tan especial con ella, pensaba Melody mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Quince minutos después llegaron a un pub del camino, y entraron a la vez en el aparcamiento que había delante del local. Adam se acercó de inmediato al coche de Melody y le abrió la puerta para que saliera, y ella se dio cuenta, no por primera vez, de cómo la miraba, de cómo estudiaba claramente su apariencia. Esperó que le gustaran sus pantalones blancos de diseño y la camiseta de rayas marinera, un conjunto que a ella le parecía elegante e informal. Llevaba su larga melena rubia recogida en un moño alto, un peinado que siempre utilizaba para los negocios; porque, después de todo, lo de ese día había sido un negocio, aunque no se pareciera a los que ella solía atender. El pelo recogido realzaba la perfecta estructura ósea de su cara ovalada, sus ojos verde grisáceos de mirada reflexiva y su boca carnosa.

Sin más comentarios, Adam la ayudó a salir del coche y juntos avanzaron por el camino de grava hacia la entrada del pub. Los comensales llenaban el local, claramente un sitio muy popular, aunque no tanto como para resultar agobiante. Adam acompañó a Melody a una mesa del rincón que había junto a una ventana, y la miró mientras ella se sentaba.

–¿Qué tomas, Mel? –le preguntó él.

–Sólo agua con gas, por favor –dijo ella.

Él la miró con curiosidad.

–¿No vas a pedir champán... para celebrar tu éxito de hoy?

Ella le sonrió.

–Eso lo reservaré para otro momento.

Melody lo observó mientras se abría paso entre la gente hasta llegar a la barra, y se dijo que sin duda era la persona que más destacaba en el local. Era más alto que nadie de los que estaban allí, y su cuerpo atlético y esbelto era prueba de un físico sano y robusto. Melody sacudió la cabeza mientras se reprendía para sus adentros. Con las sorpresas que había vivido ese día, no tenía necesidad de dejarse impresionar de ese modo por alguien que probablemente no volvería a ver. ¿Cómo podía ser tan veleidosa, después de haber perdido a Crispin hacía tan poco tiempo? Melody quiso echarle la culpa a lo que le había pasado ese día. ¡Se sentía tan extraña!

En ese momento él regresó con las bebidas: un agua para ella y una pinta de cerveza para él, y le colocó un menú delante.

–Te recomiendo las tartaletas de cangrejo –dijo él mientras hojeaba también su menú–. Con la costa ahí mismo, el pescado siempre es fresco. La lubina al carbón también es deliciosa –le echó una mirada.

A Melody se le estaba haciendo la boca agua, por lo tanto no tardó en decidirse.

–Me encantan las tartaletas de marisco –dijo–. No es habitual que me surja la oportunidad de comer cangrejo fresco, así que me voy a pedir las tartaletas de cangrejo con una ensalada verde.

–Veo que eres una mujer decidida –le dijo él–. Siempre que traigo aquí a gente, tardan más en elegir un plato que luego en comérselo.

Adam se levantó y fue a la barra a pedir la comida;

estando allí, se volvió a mirarla, aprovechando que ella miraba distraída por la ventana. Se dijo que Mel era un poco extraña, aparte de ser también una mujer muy bella, elegante, sofisticada y con la cabeza sobre los hombros. La clase de mujer que sabía muy bien lo que quería y que estaba empeñada en conseguirlo. En sus treinta y ocho años de vida había conocido a muchas mujeres, pero le daba la sensación de que con aquélla no sería fácil ganar una discusión. Mel era de esas mujeres que uno no querría tener de enemiga; sin embargo esa mañana había percibido algo en ella que había suscitado su curiosidad. Para empezar, quién era y por qué quería Gatehouse Cottage.

–Y bien –dijo sin más, mientras volvía a sentarse frente a ella–. Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Adam ya sabía la respuesta; de haberlo sido, él ya se habría fijado en semejante preciosidad.

Melody dio un sorbo de agua.

–No. Vivo y trabajo en Londres –dijo concisamente–. Sólo estoy aquí de vacaciones un par de semanas.

Adam frunció el ceño.

–¿Pero... y la subasta? –dijo despacio–. ¿Cómo sabías que la casa estaba en venta?

–Hace unos días estuve en el pueblo dando una vuelta y vi el cartel. Me pasé por la agencia inmobiliaria, hice algunas averiguaciones... y decidí ir a por todas –lo miró con serenidad.

–¿Y es algo que haces a menudo? Quiero decir, la gente cuando se va de vacaciones compra souvenirs... Pero una casa de campo, es algo excesivo, ¿no?

Melody sonrió.

–Estoy de acuerdo –dijo–. Ésta es la primera vez que lo hago en mi vida.... pero me gustó el sitio. Nada más entrar en la casa sentí algo especial...

Adam no supo qué decir, pero la respuesta de Melody sólo conseguía confirmar lo que ya había pensado: la joven sabía lo que quería e iba a por ello; fuera cual

fuera el coste. No había muchas personas que pudieran disponer de una suma de dinero como aquélla con tanta facilidad.

–¿Y tú vives por aquí? –le preguntó ella, que había decidido que le tocaba a él contarle también algo.

–No. Yo trabajo en Malasia, donde obviamente tengo que residir la mayor parte del tiempo –respondió–. Pero siempre me tomo unas largas vacaciones por esta época del año y me vengo a pasarlas aquí, con amigos. En el extranjero estoy bien, pero es en la campiña inglesa donde me siento yo mismo.

Melody desvió la mirada unos segundos.

–Siento... haberte ganado en la subasta esta mañana –dijo sin más–. Espero que puedas encontrar otro sitio pronto. Aunque no parecía que ofertaran muchas cosas, ¿verdad? Supongo que la gente no se quiere marchar de aquí.

–Vamos, no lo sientes en absoluto –le dijo él con alegría–. Además, alguien tiene que ganar, como tú misma has dicho, y esta vez has sido tú. A lo mejor en otra ocasión tendré ventaja yo.

–No creo que vuelva a comprar otra casa –respondió Melody de inmediato–. Un piso en Londres y una casita de campo son más que suficientes preocupaciones para una sola persona.

En ese momento llegaron los platos, y Melody probó las tartaletas de cangrejo ligeramente picantes que descansaban en un lecho de deliciosa ensalada verde. Tomó cuchillo y tenedor y miró a Adam antes de proseguir.

–¡Qué buena pinta tiene esto!

Él también la miró unos segundos antes de empezar a comer.

–¿Qué vas a hacer en cuanto a la vivienda? –le preguntó él sorpresivamente.

–¿Quieres decir que cuándo me mudaré a la casa de campo? –preguntó Melody entre bocado y bocado, en

tono inocente–. Eso aún no lo sé. Las anteriores propietarias eran unas mujeres mayores y no habían hecho muchas reformas; así que primero hay cosas que hacer. La estructura está bien, pero hay que decorarla de nuevo, comprar muebles, cortinas. ¡Qué bien me lo voy a pasar! Será maravilloso relajarme aquí cada vez que me sea posible –dijo mientras se metía un tomate cherry en la boca, con la mirada brillante sólo de pensar en lo que decía.

–Así que –empezó a decir Adam– has comprado la casita para venir de vacaciones... ¿No la querías como vivienda permanente? ¿O para que la use tu familia?

–No tengo familia –dijo ella en tono cortante–. Esta casa va a ser sólo para mí.

–¿Y con qué frecuencia vas a poder venir por aquí? –insistió él.

Melody desvió la mirada un instante. ¿Qué derecho tenía ese hombre a interrogarla? Sus cosas no eran asunto de nadie.

–Todo lo posible –respondió en tono firme–. Dependerá sobre todo de cómo vayan las cosas en el trabajo –hizo una pausa, antes de continuar–. Soy gerente financiero en una de las grandes entidades bancarias –respondió Melody, que decidió decirle cómo se ganaba la vida antes de que él le preguntara.

Adam tomó su tenedor y comió despacio. ¿Qué otra cosa podría haber esperado? Mel era sin duda una dinámica mujer de negocios que no se ganaría el pan en un sitio de mala muerte.

–No vas a ser la número uno en las listas de popularidad de la zona, porque a la gente de por aquí no les gusta que los propietarios de viviendas estén ausentes... Opinan que así acaban desapareciendo pueblos como el nuestro. Quieren que la gente viva aquí y sea parte de la comunidad; que contribuya a mantener abiertos el colegio, la oficina de correos y los pubs.

Melody no levantó la vista del plato, un poco fu-

riosa por el tono de reproche de su comentario. Ella no era ajena a lo que había dicho Adam, ya que era una noticia de la que se hablaba a menudo en prensa y otros medios. Tenía que reconocer que no había meditado demasiado sobre la frecuencia de sus visitas allí, ni sobre la duración que tendrían. Pero eso no le daba derecho a aquel extraño a echarle un sermón.

–Así es la vida –respondió ella con aparente tranquilidad.

La cordialidad de la situación pareció desvanecerse en esos pocos segundos, y pasaron un rato sin hablar. Melody rompió el silencio.

–Hablemos de ti y de tus planes –dijo ella en tono formal–. Si hubieras conseguido la casa esta mañana, imagino que tu intención habría sido vivir en ella permanentemente; y supongo que habrías tenido que abandonar tu trabajo en el Lejano Oriente, ¿o no?

Él la miró entonces. Los ojos que antes le habían parecido de un sereno azul intenso se habían vuelto duros.

–Por amor de Dios, claro que no –respondió él con naturalidad–. No puedo abandonar mi trabajo, teniendo en cuenta que soy socio de una empresa familiar allí –terminó de comer y dejó el tenedor sobre la mesa–. Hace unos años, mi padre y yo trasferimos allí el negocio que teníamos aquí, en Inglaterra.

Melody no pudo menos que pensar con cinismo de él. Ese hombre la regañaba porque no se iba a mudar a vivir a la casa de campo, pero no le parecía mal llevarse su empresa a otro país, ni dejar como dejaría a muchos sin empleo. ¡Se iba a enterar aquel listillo!

–Supongo que no serías tampoco el número uno en las listas de popularidad –dijo ella, recordando las palabras que él le había dicho–. Digo entre tus ex empleados. Debió de ser muy duro para ellos.

Adam frunció el ceño.

–Fue una decisión muy ponderada –dijo él despa-

cio, mirándola con evidente desdén–. Tuvimos la oportunidad de compensar a todos con las debidas indemnizaciones; y mi padre, que es muy conocido en el sector, utilizó sus influencias para buscarles empleo a muchos de los empleados con nuestros competidores –hizo una pausa–. Es un hombre muy considerado... y lo pasó muy mal hasta que pudo arreglarlo.

–Mmm –murmuró Melody en tono enigmático, ya que no quería librarlo de aquella situación incómoda así como así.

Sin embargo conocía bien la situación en la que a veces se veían algunas empresas, como la de él. Su doctorado en Estudios Empresariales y Derecho, además de su conocimiento profundo del comercio a nivel mundial, le habían proporcionado el entendimiento suficiente para comprenderlo bien.

–¿Y si te hubieras hecho con Gatehouse Cottage esta mañana, qué habrías hecho al tomar posesión?

–Bueno, no tenía ningún plan en concreto –respondió él–. Yo no he pujado por mí. He ido en representación de unos amigos míos que tienen una razón muy especial para querer esa casa. Unos amigos que han vivido toda la vida en el pueblo y que no tienen intención de mudarse jamás –añadió significativamente.

Melody se preguntó por qué aquel hombre querría hacerla sentirse tan culpable. La transacción de esa mañana en la puja había sido legal, y había ganado el mejor. Había teniendo suerte, gracias también a sus considerables recursos económicos, y había podido adquirir la casita; sin embargo, parecía como si no tuviera derecho a ser la propietaria, como si todo el mundo fuera a odiarla por ello. Pero todo aquello no tenía por qué ser así. Aquel Adam o como se llamara le estaba haciendo pasar un mal rato.

Tomó el bolso que estaba colgado de la silla e hizo ademán de marcharse.

–Muchas gracias por el almuerzo –Melody lo miró–.

Las tartaletas de cangrejo estaban de maravilla. Me alegro de haber conocido este sitio porque desde luego voy a volver antes de regresar a casa.

Él se puso de pie y sonrió.

–Me alegro de que te hayan gustado –dijo–. ¿Esto... no te apetece tomar un poco de café antes de marcharte?

–No, gracias –dijo Melody–. Tengo que volver a mi hotel, hoy voy a dejar el Red House. ¿Lo conoces?

–Claro que conozco el Red House; todo el mundo lo conoce –dijo con naturalidad–. ¿Por qué te quieres mudar? Es un sitio muy bueno.

–He pensado en acercarme más al pueblo, a mi nueva propiedad –dijo Melody concisamente–. Llamé a un bonito hostal que había visto al pasar y afortunadamente les quedaba una habitación libre. Así que me voy a quedar ahí una o dos semanas.

Adam pagó la cuenta en la barra y salieron al cálido sol de la tarde. Él esperó junto al coche de Melody mientras ella abría la puerta y entraba.

–¿Sabes llegar al Red House desde aquí? –le preguntó–. ¿O quieres que te guíe?

–Oh, no hay necesidad, pero gracias de todos modos –se apresuró a decir Melody–. Me oriento bien, y de camino hacia aquí me he fijado bien en la ruta –le sonrió a través de la ventanilla abierta–. Y tengo la costumbre de ir leyendo las señales de tráfico.

Él se encogió de hombros y después la observó recular con habilidad en el pequeño espacio del aparcamiento, antes de marcharse agitando la mano brevemente.

Adam se montó en el coche y esperó unos instantes antes de arrancar el motor. El instinto le decía que esa mujer era insólita, distinta a todas las demás mujeres que había conocido.

Miró pensativamente por la ventanilla unos segundos. Hacía mucho que una mujer no le intrigaba tanto.

Salió del aparcamiento y se sonrió al pensar que lo que más le apetecía en ese momento era besar esos bo-

nitos labios carnosos y seductores. ¿Sería cierto lo que le estaba pasando, o sería un sueño?

Melody regresaba al hotel, presa de una extraña mezcla de emociones, y sintió deseos de gritar de alegría. Estaba feliz por la compra de la casita de campo. Sin embargo, a Adam no le había faltado razón cuando se había interesado por el tiempo que pasaría en la casita, si viviría allí y compraría allí el pan y el periódico, o si viviría fuera. Sabía muy bien que la gente como ella molestaba a los lugareños y no contribuía demasiado a la economía local.

Continuó unos kilómetros más antes de desviarse por una carretera, donde tuvo que parar a consultar un mapa que le habían dado en el hotel. Le había dicho a Adam que sabía volver, pero lo cierto era que no tenía idea de cómo llegar al Red House. Había rechazado el ofrecimiento del hombre más guapo que había conocido en su vida porque sentía que no era el mejor momento para prolongar una amistad no deseada. Esa etapa debía pasarla sola, para pensar con claridad.

La ruta que habían tomado desde el pueblo al pub le era totalmente desconocida. Todas aquellas carreteras comarcales se parecían, y su hotel era una casa de campo aislada de otras zonas, que podría estar en cualquiera de esos caminos. Melody suspiró al tiempo que delineaba con el dedo los diminutos e incomprensibles trazados de colores que representaban las carreteras en el mapa. Si se ponía la cosa muy mal, siempre podría volver al pueblo y salir desde allí.

Pensó que sería mejor volver al pub, dio la vuelta y avanzó con cuidado por la carretera desierta. Tras una curva, se encontró con una mujer que montaba en bicicleta unos metros más adelante. Si era de la zona, seguramente sabría dónde estaba el hotel.

Aminoró el paso para poder hablar con la chica.